

Le Pêle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

| SUBSCRIPCIONES: | | |
|-----------------|---------|------------|
| España | 1 año | 7'50 ptas. |
| | 6 meses | 4 |
| Unión postal | 1 año | 10 |
| | 6 meses | 5'50 |

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción é traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¿Pero qué haces, Celedonio? ¡En tres meses llevas estropeados ya dos pantalones!
EL OFICINISTA. — ¡No me hables! ¡nunca habíamos tenido tanto trabajo como ahora en la oficina! ¡Estamos rendidos!



El deseo cumplido

—¿Vas á comprármelo? Gracias, amigo mío; ¡cuánto tiempo hacía que deseaba yo un *vide-poches*!

MIS RECURSILLOS

Después de cierto tiempo de permanencia en la cárcel de Fresne-lès-Rungis, donde me hospedaba ni más ni menos que M. Loubet en el Elíseo, acometíome la nostalgia del espléndido suelo de París; y un día que mi guardián, más locuaz que de costumbre, se entreluvo con la puerta entreabierta, le dí amablemente una graciosa testarada en el vientre, y de paso cambié con él de traje

llevándome un manojo de llaves de que estaba muy celoso. ¡Creeréis que este acto sencillísimo, cometido sin malicia alguna por mi parte, les pareció á los jueces una enormidad? ¡Cómo tendrán la mollera esas gentes, cuando por acción tan baladí determinaron concederme diez años de trabajos forzados y quince de privación de derechos civiles (felizmente por contumacia, pues

no han logrado hasta ahora dar conmigo)?

(Y entre paréntesis, y antes de pasar adelante, suplico á los excelentes individuos del cuerpo de policía que no le comuniquen una palabra de este asunto al Jefe, si acaso leen estas líneas.)

Pues como iba diciendo, si bien es verdad que estaba libre y en París, no lo es menos que me encontraba completamente falto de

recursos. ¡Cuánto lamenté aquellos días la desaparición de mi maestro y amigo Héctor Boyaud! Casi llegué al extremo de acusarle neciamente de ingrato y de egoísta, ignorando ¡ay! que en los aciagos y luctuosos tiempos en que sufrí mi encerrona, él pasó á su vez á formar parte de una importante misión científica y colonial, dirigida, á expensas del Tesoro, á los presidios de Nueva-Caledonia...

Debía, pues, más que nunca, bastarme á mí mismo, y entonces fué cuando, auxiliado por mi ingenio cada vez más fecundo, descubrí de pronto una porción de recursos económicos y lucrativos para procurarme, como narra el excelente fabulista, buena cena, buena cama y el resto.

— Ante todo — me dije á mí mismo — dejemos en paz á las personas honradas. Mi conciencia no podrá menos de ganar en ello, y además, la policía suele protegerlas de un modo á veces harto fastidioso. Me conviene dedicarme á los tarugistas, á los handidos, á los ratas, á todos los pillastrones; á sus expensas, he de vivir en adelante esos veinte años que normalmente me quedan de vida.

Y añadí melancólicamente, pues la emoción despertaba en mí recuerdos clásicos del latín aprendido en las aulas:

— ¡Grande mortalis aevi spatium!

Como resultado de tan celestiales inspiraciones é infernales proyectos, fuime cierto día á dar una vuelta ante la estación de Montparnasse; pero, ¡cuán cambiado y desconocido!

Bajo un zarzal de rojas greñas ocultábase cuidadosamente mi soberbia cabellera castaña oscura, y de paso una ligera capa de grasa mejunje convirtió mi rostro en el más atezado que pudiera exhibir un labriego. Una blusa azul dentro de cuyos pliegues flotaba mi cuerpo, un castoreño verdusco encintado, un pantalón bombacho y corto, y unos zuecos higiénicamente rellenos de estopa, completaban mi pintoresca indumentaria, adquirida por seis pesetas la víspera en casa de cierto prendero amigo mío y algo así como encubridor de rapiñas.



Con mi nudoso palo en la mano, daba vueltas como un badulaque en torno de la estación de los ómnibus y de las paradas de coches, zarandeado, empujado de aquí y de



allí, y empujando y topando con todo el mundo, abriendo unos ojos como platos y lanzando interminables ternos en un lenguaje zafio que pronto despertó la chacota en torno mío.

Pero yo, sin hacer caso, pateaba abajo y arriba. De pronto, tuve un espeluzno de satisfacción. Un personaje muy bien trajeado, de ademanes correctos y voz melosa, dirigióse á mí y me saludó con gran cortesía.

— Dispense usted, caballero — comenzó por decirme, — veo que es usted extranjero y se encuentra algo aturdido en medio de esta gran ciudad desconocida para usted. Si cree que en algo pueda serle útil, no tiene más que mandarme, y le proporcionaré con mucho gusto cuantos informes necesite. Conozco muy buenos hoteles, donde sirven bien y económicamente; y si usted quiere...

— ¡Ploumanarck Roscoff Trégastell! — contesté, aceptando la oferta y hablando en bretón por vez primera en mi vida.

Y, caminando del brazo de mi nuevo amigo, no tardé en ponerle en autos de que habiendo comprado una pequeña heredad cuyo propietario habitaba en la calle de Rivoli, había aprovechado la ocasión para visitar una miada de París y depositar al mismo tiempo en manos de mi vendedor la linda suma de catorce mil setecientos cincuenta francos, valor del predio y de sus anexos.

— ¡Y si supiera usted qué miedo tengo de que me roben! — añadí; — llevo el dinero aquí, en mi cartera, en bonitos billetes de Banco, y los palpo cada cinco minutos.

A tan cándidas confidencias, iluminábase el rostro de mi cicerone con amabilísima sonrisa. Precisamente conocía él muchísimo al ex-propietario de mi cortijo — ignoro todavía cómo — y quería llevarme á su casa después del almuerzo, que me suplicaba aceptase para celebrar nuestro feliz encuentro.

No me hice de rogar mucho tiempo, y entrando con él en un soberbio restaurán, nos refocilamos á qué quieres boca.

Después del café, de la chartreuse, del aguardiente y de la sidra — galantería, esta última, de mi nuevo amigo para recordarme mi país natal, — quise sacar tímidamente la pipa...

— ¡Cómo!... ¡una pipa! ¡deje usted, deje usted! — exclamó mi compañero; — quiero darme el gusto de convidarle á cigarros. Sólo que (y al decir esto bajó la voz) los de aquí no valen nada. ¡Quiere ir usted mismo á comprarlos mejores en el estanco de la esquina? Tome usted veinte francos... vaya... ya me devolverá lo sobrante.

Y como me dispusiese á salir:

— Oiga usted — me dijo con gran viveza; — ¿puedo estar seguro de que volverá usted?

— ¡Esta sospecha me ofende! — contesté muy serio. — Tome usted; guarde mi cartera en garantía.

— ¡Así me gusta! — exclamó riéndose con indecible satisfacción mi acompañante; — ¡los amigos... claros!

Hicimos el cambio, y yo me salí del restaurán dejándole solo ante la mesa, con mi cartera llena de recortes de periódicos... y con el muerto del gasto del almuerzo.

Veinte minutos después, entrando en mi casa, cambié de traje y de fisonomía, y dirigíme lleno de esperanza á la estación de Lyon, donde mi pronunciado acento auvernés atrajo hacia mí la atención de dos amables gentlemen de la calaña del primero, los cuales me regalaron con una excelente comida y cuarenta francos.

Al día siguiente, en la estación del Este, mi jergonza suiza sólo me produjo un bock de Estrasburgo y un par de francos. ¡Perro negocio!

Y así sucesivamente, con alzas y bajas.

Esos recursos, verdad que no eran lo que se llama muy correctos; pero, repetidos á menudo y con cierta destreza, acabaron por asegurarme el puchero; con mil trabajos sin embargo, porque á fuerza de quedar robados, escamaronse los timadores de aquel juego desigual, y poco á poco, de miedo de encontrarme continuamente ocupando el sitio de los candidatos habiecas, prefirieron dejarme vía libre y renunciar á su culpable profesión. ¡Cuántos brazos perdidos que hubiera podido aprovechar nuestra decadente Agricultura!

Habiendo partido del mal, llego al bien; y á la verdad, no me disgusta este resultado.

Gracias á mi solo esfuerzo, ha quedado casi abatida la hidra del robo á la americana. De hoy en adelante, ¡oh, buenos campesinos! no temáis visitar la gran ciudad; podéis venir á ella tranquilos y confiados. Nada de ofrecimientos insidiosos, de sospechosos cambalaches, de cigarros tenebrosos, nada de ratas, ni de enterradores...

¡Ah!... ¡pero ahora caigo! Si no hay ladrones, yo, que vivo á expensas suyas, ¿cómo diablos voy á componérmelas? ¿Puedo acaso dedicarme á la tranquilidad de un hogar pacífico, sin recursos para crearlo ni sostenerlo? ¡No!... Pero se me ocurre una idea.

Después de haber suprimido el robo, no me queda sino dedicarme á ejercerlo por cuenta mía y sin temores de competencia.

Porque, vamos á ver, ¿por ventura he de morir de hambre?

C.-G.-R. SANDRÓ.

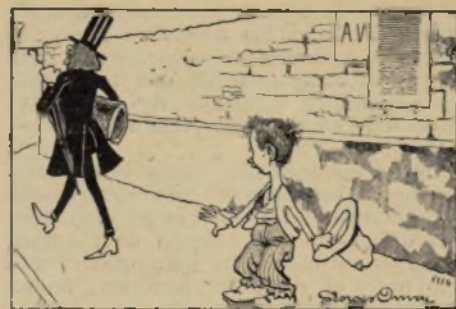
El Profesor y el Mendiguillo



EL PROFESOR.—Para averiguar si los mendigos lo son de profesión ó por necesidad, acudo yo á un medio muy expeditivo. Cuando un pilluelo cualquiera me pide una limosna, quejándose de que está sin trabajo...



— Toma — le digo; — voy á darte cinco céntimos, pero antes es preciso que los ganes. Y le doy á resolver una ecuación, ó bien extraer una raíz cuadrada...



... Entonces, como ve que ha de trabajar, busca siempre un pretexto para evitarlo. Vean ustedes de qué modo tan sencillo he descubierto que todos esos mendicantes lo son por pereza; pues hasta ahora, ni uno solo he encontrado que aceptase mi proposición.



El Estadista

— Tienen mucha razón en querer prohibir esos necios concursos de los periódicos. En tanto el público pierde su tiempo en semejantes nimiedades y fruslerías, pásanle inadvertidas las cosas más interesantes... Así, nadie se ha hecho cargo de la estadística que ayer publiqué y por la cual demuestro, del modo más irrefutable, que se necesitarían 45 billones, 362 millones, 635,857 hormigas colocadas lado á lado para formar un cinturón que diese exactamente la vuelta al globo terráqueo.

— ¡Dios mío! — exclamaba una vieja, — ¡Tantos años de padecer para cuatro días que una vive!



Aguardando la sopa

— Mira, mientras esperamos que nos toque el turno, oye el menú de la comida que hemos ofrecido al rey de Grecia: Ostras de Costa-Roja, crema de Argenteuil, colas de langosta, filete de Behague-Sévigné, spooms en vino de Samos, etc.

Entre damas del gran mundo:

— Veo que la duquesa de C... está bastante razonable y que me habfan engañado al decirme que había perdido la cabeza.

La aludida, que está sentada detrás y lo ha oído todo, contesta en el acto:

— Ya ve usted el caso que debe hacerse de los rumores del vulgo; á mí me aseguraron que había usted encontrado la suya.

—oo—

El Manolo. — ¡Vaya usted con Dios, cachito de cielo; es usted la primera rosa de la primavera!

La Manola. — ¡Olé! viva la gracia, compadre; es usted el último melón del invierno.



En casa del herrero...

— ¡Ah, pobre amigo mío! ¡Cuando pienso que mi ruina la ocasionó una invención que hubiera revuelto el mundo entero!... ¡Qué invención!... ¡qué genial invención!... Pero también, ¡qué desdicha la mía!... ¡Qué estupendo fracaso!

— ¿Y puede saberse cuál era este invento maravilloso?

— ¡Oh! consistía en un producto que, aplicado en debida forma, producía resultados sorprendentes. ¡Figúrese usted que inculcaba inteligencia á quien no la tenía de sobra!...

Abrí un establecimiento donde se expendía mi inapreciable producto, publiqué reclamos que me costaron un dineral, y, sin embargo, á pesar de todas las artimañas que puse en práctica para adquirir clientela, no logré despachar ni un solo frasco de mi elixir maravilloso. Tuve, pues, que declararme en quiebra, como era de

esperar, y de caída en caída, he llegado al deplorable estado en que usted me ve.

— ¿Y cómo no se le ocurrió idear otro nuevo invento que le resarciera de los pasados quebrantos?

— Tiene usted razón, y crea que no dejé de intentarlo; pero no siempre le acuden á uno ideas felicísimas.

— Con hacer uso de su específico...

— ¡Verdad que sí!... pero me sucedió lo que á los demás; me creí harto inteligente para tener que recurrir á tales extremos... ¡y no quise probar mi invento!

El alcalde de un pueblo, famoso por su feria de burros, fué comisionado por el Ayuntamiento para dirigir una súplica al rey Enrique IV.

No era tonto el alcalde; pero su arenga pareció pesada á los cortesanos, y uno de ellos, por entretener al rey, burlándose del lugareño, le preguntó:

— ¿Tendréis la bondad de decirme á qué precio están los burros este año?

El rey se sonrió; el alcalde conoció el papel que se le quería hacer representar, y mirando con desprecio de pies á cabeza al insolente preguntón, le contestó:

— Cuando son de vuestro pelo y de vuestra talla, os aseguro, señor, que nadie los quiere, aunque los ofrezcan á precio muy bajo.

Doña Inés, abuela mía,
Ha dicho siempre muy recio
Que el hombre es sabio ó es necio,
Según que leche le cría.
Y aunque esta verdad aburra
A mi señor don Pascual,
Bien se conoce que el tal
Toma la leche de burra.

— ¿Necesita usted un escribiente que en tienda de cocina?

— Gracias; no tengo ninguna chuleta que copiar.

— — —

— Pepe ¿tienes un puro?

— El que fumo y otro al que se le ha caído la capa.

— Pues dámelo: yo los fumo á cuerpo.



— ¿Y Eloísa?

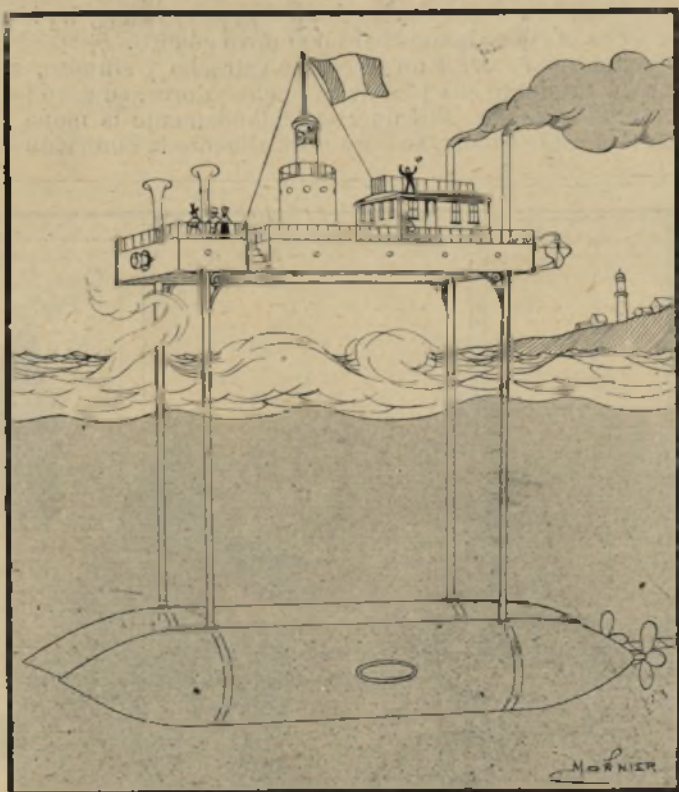
— ¡Albricias, Rufo!

¡Ha obtenido el primer premio!

— ¿De veras?

— ¡Pues si veló

Día y noche para obtenerlo!



Nueva conquista de la ciencia

No más bandazos, ni cabeceo en los barcos, supresión completa del mareo, gracias á este nuevo buque salido recientemente de los astilleros de El Péle-Méle.



Legítima indignación

— Vamos á ver: ¿para qué
Amontonaré yo el barro?
¿Para que cualquier distraído
Lo ensucie con sus zapatos!



El bar de la Liga antialcohólica

La Liga antialcohólica, en vista de que no era posible curar rápidamente á los curdas de su detestable vicio, ha ideado un aparato para atenuar, cuando menos, sus consecuencias. Al efecto ha creado algunos bars de nuevo género. Los clientes pasan uno á uno al mostrador. Para volver á él, tienen que recorrer un terraplén estrecho y sinuoso, sembrado de obstáculos. Así que la intoxicación del alcohol comienza á producir sus efectos en los bebedores, su paso por el terraplén vuélvese incierto, titubean, y finalmente caen sobre un mullido colchón. Allí duermen blandamente la mona y no pueden beber de nuevo hasta que les ha pasado del todo la jumera. Con este sistema, se cura radicalmente la embriaguez.



Novedad para maridos inconsolables

EL SEÑOR LAGRIMILLA. — De cuando en cuando, vengo á renovar mi provisión de lágrimas.



La visita

— ¡A ver, á ver! ¡Oh, qué lengua tan sucia!
— No haga usted caso, doctor; es que masco tabaco.



— ¡Cómo! ¿todavía no ha ingresado usted en el asilo de ancianos, después de tanto tiempo de haber entregado la solicitud? Eso es que no sabe usted hacer las cosas.
— Todos los días voy á reclamar... pero, nada.



— Lejos de intimidarme la actitud de aquel cancerbero, le hablo con tal autoridad, que á los dos minutos se inclina amablemente ante mí, y por sí mismo me acompaña á la antesala del Ministro.



— Llego al departamento del Ministro, y le hablo como hombre acostumbrado á alternar con personas de alto rango. Al momento se hizo cargo de mi reclamación, y dio orden de que se rectificase incontinenti el error de los quince céntimos.



— Pues es lo que digo, que no sabe usted del modo que esas cosas se tratan. ¿Ve usted? un día advertí yo que en el registro de la contribución cometieron un error que me obligaba al pago de quince céntimos de aumento. ¿Qué hago entonces? Ni corto ni perezoso, tomo un fiacre, y me voy recto al Ministerio de Hacienda. Doy primero con el conserje, el cual me recibe con muchos humillos y midiéndome insolentemente con la mirada de arriba abajo.



— Allí aguardaba una caterva de solicitantes. Sin hacerles maldito el caso, me dirijo sin vacilar al ujier, y le ordeno que inmediatamente me anuncie á Su Excelencia. Y el empleado me obedece sin chistar.



— Conque ya ve usted, así procedo yo. No soy de esos que temen afrontar riesgos á veces imaginarios, y que sin perspicacia para salvar una situación comprometida, atribuyen en seguida á la fatalidad el fracaso de sus proyectos.



La tramoya del carbonero

- ¡Gracias á Dios! ¡hoy sí que no podré quejarme por falta de peso!
- ¡Oh! es el mismo de siempre.



EL CABALLERO GORDO. — Vainos, desde que las señoras se quitan los sombreros, da gusto asistir á las funciones teatrales. Así, puede uno seguir con interés y atención todas las escenas...



... menos en las patéticas del drama.

Comía un encopetado aristócrata en casa de la demócrata mistress Macauley. Sostenía ésta que la igualdad es un derecho natural, y no teniendo el aristócrata razones con que combatir las que aducía la dueña de la casa, se levantó de la mesa y volviendo con su lacayo le hizo sentar en el sitio que él ocupaba antes.

- ¿Qué hace usted? — pregunta la señora.
- Practico la igualdad que usted predica.
- Efectivamente — contestó mistress Macauley; — no ha podido usted hallar mejor sucesor.

- A Juan le falta un sentido,
- ¿El del gusto? — No. — ¿El del tacto?
- No. — ¡Ya, la vista! — Inexacto.
- ¿Ni el olfato?... — Ni el oído.
- Pues dí, pedazo de atún, si todos dichos están, ¿Qué sentido falta á Juan?
- ¡Toma! El sentido común.

Comíase miserablemente en un convite: una de las invitadas destrozaba sin piedad la reputación de cuantas personas conocía.

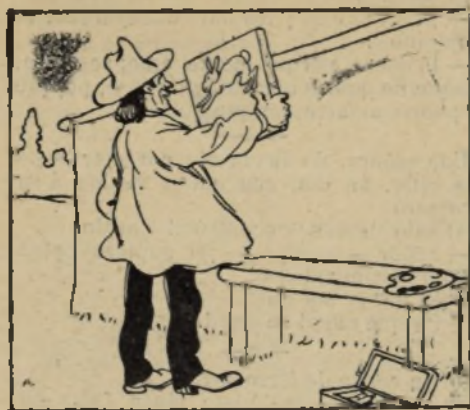
— ¡Qué murmuradora es usted! — dijo la dueña de la casa.

— Señora — contestó la buena lengua, — para no morir de hambre me como á mis semejantes.

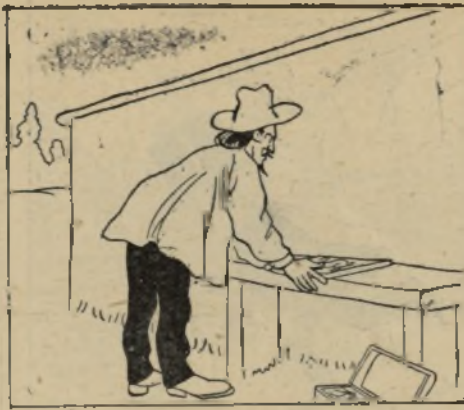
Un joven que acaba de perder una crecida suma en una casa de juego, se acerca á uno de los puntos y le dice:

- No me quedan más que cinco duros; ¿dónde le parece á usted que los ponga?
- En el bolsillo del chaleco.

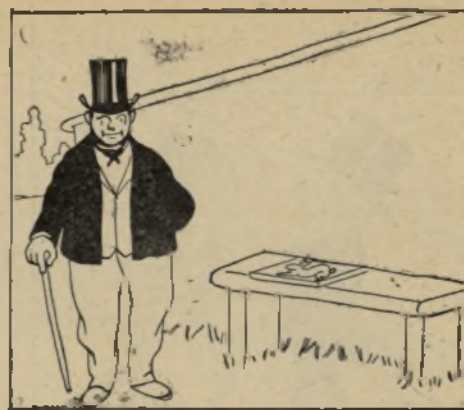
Un error



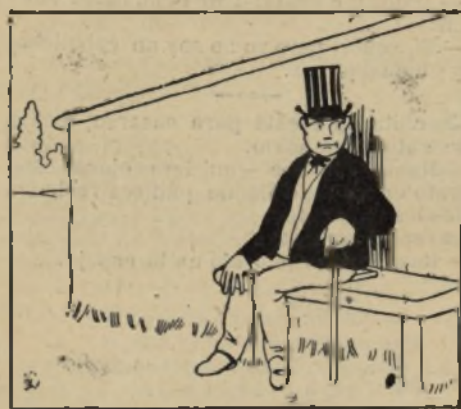
— ¡Soberbio! ¡Me ha salido magnífico este cuadro! ¡Qué linda muestra tendrá esa nueva botillería de El Conejo Gris!



— Vamos a dejarla sobre este banco para que la seque el aire.



EL PASEANTE. — ¡Caramba! ¡qué cansado estoy!



— Sentémonos un ratito.



— Ahora, vamos a dar una vueltecita por ese bosque.



EL CAZADOR. — ¡Oh qué precioso conejo! ¡No lo marro!

El azar y el nacimiento



EL LISIADO (al Ciego de nacimiento). — ¡Conque no está usted en buenas relaciones con ese ciego por accidente?

EL CIEGO DE NACIMIENTO. — ¡Uff! ¡No me trato yo con advenedizos!



— ¿Pero qué haces, Enrique? ¿Otro neumático roto?

— De veras estoy fastidiado, y como ya he perdido la cuenta de las roturas y de los dineros que me cuestan, creo que lo mejor será que venda la máquina, y así...

— ¿Comprarás un automóvil, verdad?

Alejandro el Grande, cuando daba audiencia, acostumbraba, mientras hablaba el acusador, taparse una oreja con la mano; y preguntado por qué lo hacía:

— Es — respondió — porque guardo la otra para el acusado.



— ¡Doctor!... ¡por Dios! ¡corra usted!
¡Qué susto el que me he llevado!
Aquí cerca... á dos kilómetros,
Está un *chauffeur* derribado.



— Pues voy corriendo... ¡Pobre hombre!
¡Con tal que no esté expirando!



— Amigo, ¿qué le sucede?
¿Se ha hecho usted mucho daño?



— ¡No señor; las manivelas
Que se han roto, y un neumático!

En un teatro casero:
Al terminar la representación, uno de los concurrentes se dirige á la condesa, felicitándola por su triunfo artístico.
— ¡Ah! no lo crea usted — dice la condesa, — para hacer bien ese papel, se necesita ser joven y hermosa.
— Pues usted es una prueba de lo contrario — contesta galantemente el individuo.

— Don Juan está furioso contra usted. Dice que días pasados le contestó usted muy groseramente.
— ¡Ya lo creo! y volveré á hacerlo cien veces más cuando le encuentre. Me ve llevando del brazo á mi suegra y á mi mujer, y todo lo que se le ocurre preguntarme es si me divierto.

En un periódico sale un anuncio concebido en estos términos:
«Medio seguro de ganarse diez pesetas diarias: Envíese una peseta á X. Y. Z., y á vuelta de correo se recibirán las instrucciones necesarias.»

Un ambicioso se apresura á enviar la peseta, y recibe esta contestación:
«Haga usted como yo.»



Un fenómeno...

— Yo me casaría contigo si no fuera por tres motivos.
— ¡Ah! dímelos y los haré desaparecer al momento...

— Primero, porque no te amo; segundo, porque no quiero amarte, y tercero, porque no podré amarte aunque quisiera.

— Una señora, de insufrible carácter echó á la calle, un día, con malos modos, á su jardinero.

Al salir éste, se encontró al marido:

— Señor — le dijo, — ¡si supiera usted cuánto le compadezco!

— ¿A mí? ¿y por qué?

— Porque usted se queda.

En un coche de ferrocarril.

Un individuo que viste blusa, fuma en pipa.

Un caballero enciende un cigarro.

El primero. — ¡No pide usted permiso para fumar á las señoras que nos acompañan?

— ¡Pues me gusta! ¿No fuma usted también?

— Sí, señor; pero yo no soy un caballero; soy un cualquiera.

Conchita, que está para casarse, recibe el retrato de su novio.

— Mamá — la dice — quisiera colocar este retrato en un sitio donde pudiera verlo en todos los momentos.

La mamá contesta:

— Bueno; pues colócalo en tu espejo.

— Bibliotecario anteayer

Han nombrado á don León.

— ¡Hombre! Excelente ocasión

Para que aprenda á leer.

El marqués de X., que tiene una suegra insoportable, paseaba junto á un estanque, sin barandilla, en compañía de la susodicha mamá y de un amigo. Tropezó éste sin querer, y empujando á la suegra, faltó poco para que la arrojara al estanque.

El marqués de X. acercó la boca al oído del amigo, y le dijo con emoción, apretándole la mano:

— Muchas gracias por la intención.



... explicado.

Un amigo de Gedeón lee en una revista un estudio sobre los vegetales que se mueven, y exclama:

— ¡Plantas que andan! ¡No es posible semejante absurdo!

— Dispensa, dice Gedeón; por lo menos hay una en esas condiciones.

— ¿Cuál?

— La planta de los pies.

Se encontraron en una calle un andaluz y un tuerto.

— ¡Hola, camará! — le dijo el andaluz con muestras de gran alegría. — ¡Cuánto me alegro de guipar á su mercé! Diga osté, compare, ¿qué ha jecho su mercé de la niña?

— Hombre... usted debe equivocarme con algún otro, porque no sé por qué niña me pregunta usted.

— Camará, ¿por qué niña ha de ser? por la que le falta en el ojo tuerto.

La hermosa marquesa de R... llora la reciente muerte de su marido.

Un amigo, que va á darle el pésame, le dice:

— No se aflija usted, señora. Usted ha nacido para ser viuda.

En un tribunal:

El presidente. — Ha reconocido usted ante el juez que había hablado varias veces con ese hombre, y ahora afirma usted que no le conoce ni de vista. Ya ve usted que hay aquí una contradicción....

El acusado. — Nada de eso, señor presidente. Le he hablado por teléfono.

Al cabo de un año de casamiento, Gedeón trata de divorciarse.

— ¡Qué quieres! le dice á un amigo. Nuestros caracteres son incompatibles.

Y después añade suspirando:

— ¡Sobre todo el suyo!

— ¡Niña! ya te he dicho que no se vuelve la cabeza para mirar á los hombres.

— Pero, mamá, si lo que yo miraba es si él miraba que yo le miraba.



Los FORASTEROS. — ¡No digo yo! ¡si se habrán bebido el entendimiento estos parisienses! ¿A quién, sino á ellos, se les ocurre enseñar á bailar el cake-walk á sus caballos?

Un infeliz que no tiene sobre qué caerse muerto, decía ayer al referir cierta historia personal:

— Entonces toqué la campanilla y llamé á mi criado.

— ¿Quién, tú?

— Sí.

— ¡Pero si tú no tienes criado!

— Ya lo sé, pero tengo campanilla.

En una tertulia:

— Sí, señorita; tengo la seguridad de que adivino lo que usted piensa.

— No lo creo; porque si usted adivinase mi pensamiento, hace mucho rato que se habría separado usted de mi lado.

Los criados.

— Juan, vaya usted á la estación y entérese de á qué hora sale el último tren de la línea del Norte.

El doméstico vuelve á las diez de la noche.

— ¿Cómo ha tardado usted tanto tiempo?

— Mire usted, señorito, no he querido fiarme de nadie y he esperado yo mismo á que saliese el último tren.

— ¡Mozo! un plato de habas cocidas.

— Aquí no hay ese plato.

— ¿Cómo! ¿Pues no dicen que en todas partes cuecen habas?

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Fué mi segunda prima un asesino
Que la historia nos cita con horror,
Y primera segunda una familia
Que un país largo tiempo gobernó.
Es mi todo adjetivo, que hace siempre
A segunda tercera oposición.

ENIGMA

Mal me hallan en el mar,
Soy de poetas buscado,
Y en los huertos trasplantado,
Y no fácil de acertar,
Con estar á ti pegado.

ADIVINANZA

Una dama muy delgada
Y de palidez mortal,
Que se alegra y reanima
Cuando la van á quemar.

Soluciones

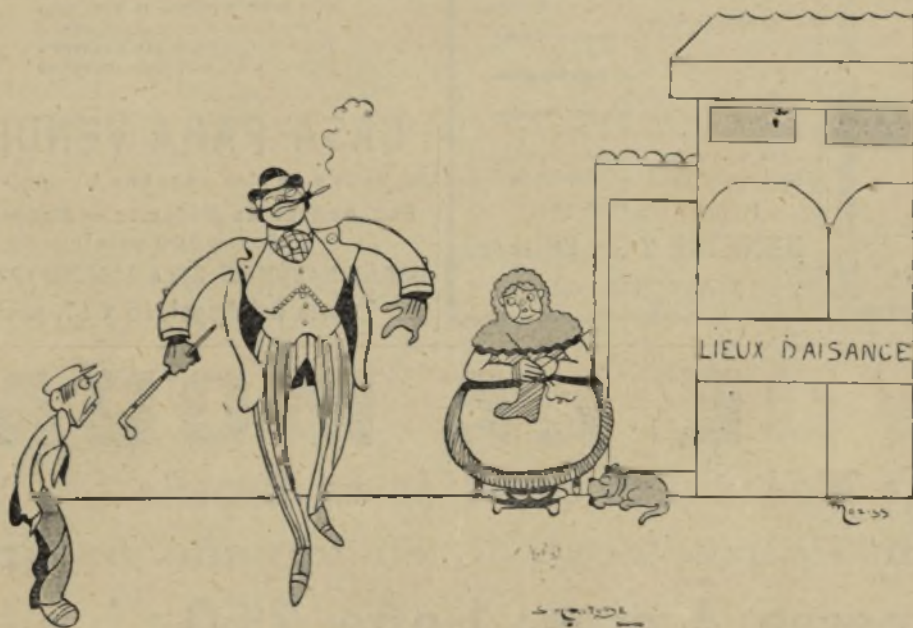
A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Camarada.

ENIGMA. — Carta.

ADIVINANZA. — Palma.

Imprenta de Henrich y C.^a en eta. — Barcelona



— Podrán decir que yo me estoy volviendo,
Porque no hago ejercicio, una pelota;
Rueno; ¿no vale más que hacer como éste
Que se hinchó y va á estallar como una ampolla?

EL PÉLE-MÉLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK
En siglo de ciencia, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga á la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANK
entre cajas azules, cuyo fac-símil
damos también al margen.
H. 50 1/2 caja (50 gr) S. 1. caja (100 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
básico de los Remedios
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No empleéis
sino las **PLACAS**
Y **PAPELES JOUGLA**

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Cam-
poamor, Cánovas del Castillo,
Castelar, Echegaray, Ferrer,
Mañé y Flaquer, Núñez de Arce,
Palacio, Pereda, Pérez Galdós,
Trueta y Valera.
ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure,
Dominguez, Ferrant, Galofre,
Martinez Cubells, Mas y Fontde-
villa, Meates, Moreno Carbonero,
Pellicer, Plasencia, Riquer,
Villegas y Villodas.

NUOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C., editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en
San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 6000 pesetas.
DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restauran-
tes parisienses y
maestros Cocineros
franceses.

1400 Recetas prácticas
y fáciles para prepa-
rar en casa toda clase
de platos.

Grabados indicando los
trazos y clases de las
carnes de matadero y
modo de arreglar las
aves y casa para el
acodo.

Indicaciones para el
servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar
pollos.

50 maneras de guisar
bacalao.

100 maneras de guisar
huevos.

50 maneras de guisar
patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglés, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

En volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novellistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican
sucesivamente novelas de insig-
nes literatos españoles, editadas
con mucho esmero.

Miguel de Unamuno.
Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz.
La Voluntad.

Antonio Zola.
La Dictadora.

Timoteo Orbs.
Cuzmán el Malo.

Dionisio Pérez.
La Juncalera.

Rafael Altamira.
Reposo.

Pto Baroja.
El Mayorazgo de Labras.

Emilia Bobadilla (Fray Candil).
A fuego lento.

José del Caño.
Mocos y Espumas.

Ernesto López (Claudio Froilo).
Esad.

Artero Campión.
La Bella Esao.

Luis López Allué.
La Enramada.

Ramón de Maestre.
La Mujer fuerte.

De venta en las principales li-
brerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C., Editores
BARCELONA

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA